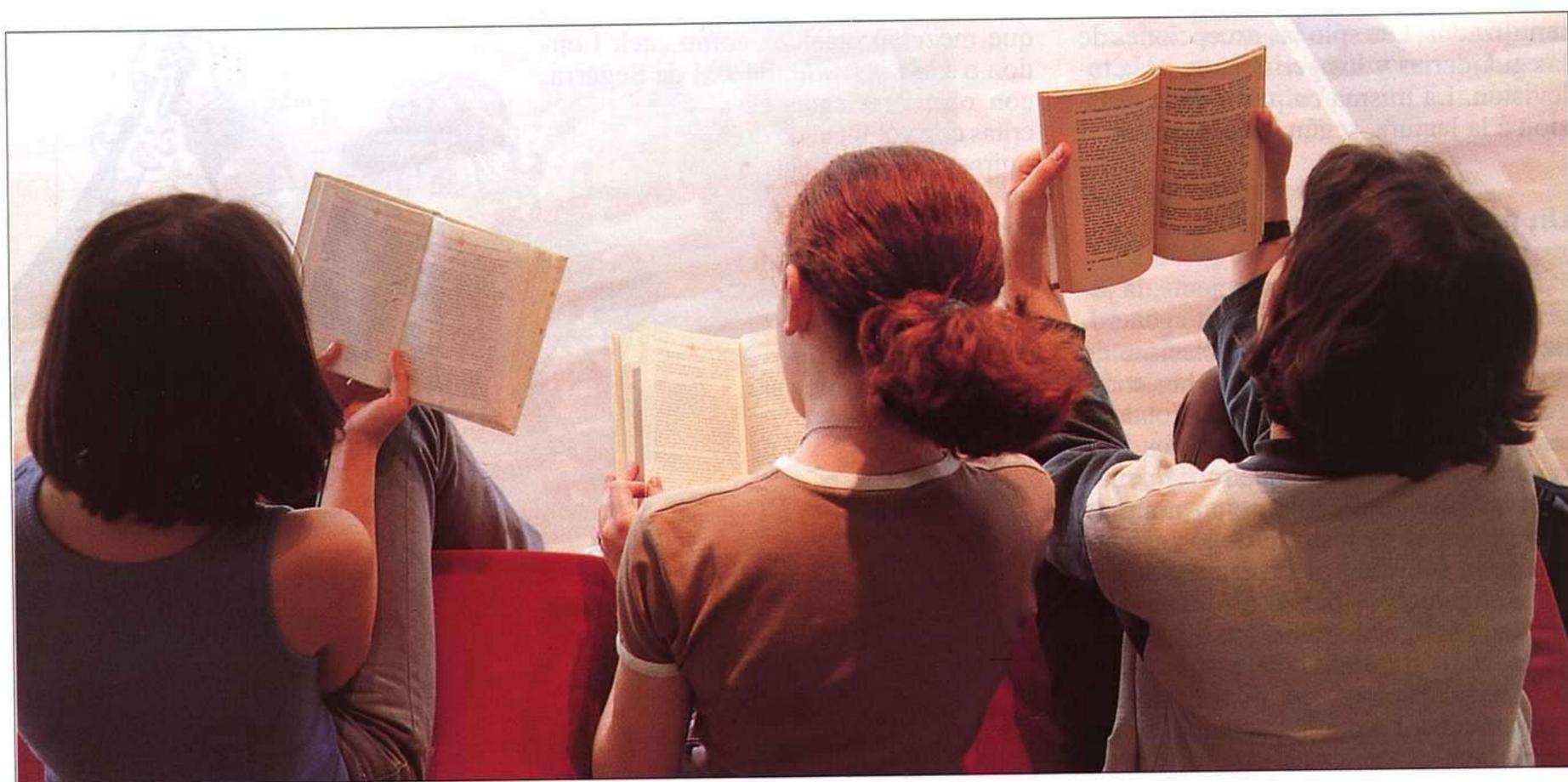


# La literatura juvenil, ¿un género para adolescentes?

por Emili Teixidor\*



*Emili Teixidor da otra vuelta de tuerca al tema de la literatura juvenil, un fenómeno reciente, con corta historia y poca tradición de género y, con frecuencia, «con pocos escrúpulos». En este sentido, el autor reclama para este nuevo género unas reglas, al igual que las tiene la ciencia-ficción o la novela policiaca. Así, aboga por una literatura juvenil sin nostalgia, transgresora; que refleje el genio o el mundo personal del autor, que proporcione felicidad; que enseñe a soñar, a huir, en vez de mostrar a los jóvenes los caminos seguros de la vida; que no utilice la fantasía de manera gratuita y, sobre todo, en la que haya un buen uso del lenguaje.*

Si hay quien afirma que «la infancia es un producto social, no una necesidad biológica», y así la infancia en la Edad Media, terminaba a los 7 años porque era la edad en que los infantes dominaban la lengua (y todavía la Iglesia actual permite que a esta edad hagan su Primera Comunión porque los considera con suficiente capacidad para entender el sacramento), imaginemos qué podría decirse de la juventud. Neil Postman, en *La desaparición de la infancia*, dice, además, que la gran culpable de esa máquina de igualar edades e infantilizar cerebros de manera que la humanidad se compone de infancia prematuramente adulta y adultos infantilizados, con sólo las excepciones de las guarderías y los geriátricos, es la televisión. La misma culpable de la aversión a la lectura, según los pesimistas.

## Un fenómeno reciente

La literatura infantil es reciente, la juvenil de ayer mismo, y el hábito generalizado de la lectura en la población, de pocos minutos. Y justo cuando nos enorgullecemos de la escolarización total, ya tenemos que hablar de analfabetos funcionales o secundarios, que son aquellos que se han beneficiado como ninguna generación en la historia de los esfuerzos de la sociedad para mantenerlos el mayor tiempo posible en la escuela, para que al salir abandonen los libros y se pasen el día mirando la televisión. Hasta hace poco, el chico se consideraba plenamente adulto a la vuelta del servicio militar y la chica así que formalizaba su noviazgo. Y está a punto de desaparecer el servicio militar obligatorio y las formalidades del noviazgo y aun del matrimonio no se sabe en qué acabarán.

Podríamos hablar también de lo que en épocas pasadas se consideraban libros para niños y jóvenes que, cuando no confundían el arte de la infancia con la infancia del arte, producían unos textos moralizantes, didácticos o procedentes de otros géneros como el de aventuras, policiaco o sentimental, que no tenían nada de género específico. Todavía hoy, la literatura blanca de todos los géneros deforma este nuevo género, ¿o ni género, ni nuevo?, llamado literatura infantil y juvenil.

El mito de la adolescencia tiene una historia muy corta. Dicen que la inventó un psicólogo, Stanley Hall, en 1904, y la reafirmó, en 1950, Erik Erikson, al llamar la atención sobre el papel crucial que tenía en la maduración de los jóvenes, entre los 12 y los 18 años, la crisis de identidad que sufrían y las dificultades con que podían encontrarse. Una de esas dificultades era y es la de escoger entre los modelos problemáticos que ofrece a los jóvenes la sociedad adulta. La literatura juvenil, pues, es un fenómeno reciente. Con poca historia, poca tradición de género, y con frecuencia con pocos escrúpulos. Y sin reglas. Por eso nos encontramos con colecciones que mezclan clásicos como Jack London o *Vida privada*, de J.M. de Segarra, con obras recientes escritas con voluntad de dirigirse exclusivamente a un público joven. Así contribuyen a borrar los límites de la edad y del género. ¡Entendámonos! No estoy diciendo que un joven no pueda leer a Tolstoi o a Dostoiewski,

JOSÉ MARÍA PONCE, HUCK FINN Y TOM SAWYER ENTRE LOS INDIOS, ANAYA, 1999.



o a quien quiera, si le apetece. Digo que, en general, esos autores no escribieron específicamente para jóvenes, que este nuevo mercado juvenil antes no existía y que ahora sí porque responde a las necesidades de unos lectores adolescentes y que la escolarización obligatoria hasta edades cada vez más altas hace que la lectura no sea ya cosa de pocos: la inmensa minoría que puede leerlo todo enseguida, y la mayoría de jóvenes lectores que no podrá acceder plenamente a Dostoiewski o a Defoe (¡el único autor que Rousseau permitía leer a su Emilio!) si

no es de la mano de un buen profesor o de lecturas que le proporcionen satisfacciones más inmediatas que le compensen del esfuerzo y las dificultades graduales que una selección bien establecida debe presentarle.

Ya sé que hay quien opina que sólo cuenta la buena literatura, de cualquier género, y el resto son monsergas. Pero las selecciones, como la pedagogía o la medicina, se ha hecho para ayudar a los que las necesitan. Los sanos pueden pasar con la preventiva y ni eso. Auden decía que un buen libro para niños no es

nunca sólo para niños. El acento está en la calidad. Y creo también que dos de las dificultades que impiden a los escolares de hoy una buena aproximación a la lectura son, en primer lugar, la falta de hábito de la lectura en voz alta en la escuela (Steiner tiene palabras muy duras sobre esa carencia, así como sobre la poca o nula ejercitación de la memoria) y las listas de recomendaciones que, a partir de cierta edad, producen el efecto contrario al que pretenden. ¿Qué caso van a hacer los adolescentes de la recomendación de un libro por parte de una autoridad contra la que empiezan a rebelarse? ¿Con qué interés apasionado aceptarán una lectura que debe suponer un descubrimiento personal, original, inédito, cuando se les ofrecen «los libros que les convienen»?

### La necesidad de reglas

Para que una literatura sea considerada un género, son necesarias unas reglas. La novela policiaca y la de ciencia-ficción, las tienen. Y muchas otras. Una obra policiaca es buena no sólo si es buena literatura, sino que también debe cumplir los requisitos que reclama el género: debe haber una progresión o innovación constante en los métodos empleados por detectives y criminales, y el método de investigación del comisario Maigret o de Hércules Poirot debe ser superado, mejorado o cambiado en otros detectives y no puede reaparecer en otras obras sin consecuencias graves de rechazo de los lectores y garrotazos de la crítica. Aparte de las convenciones que el lector espera hallar en ese tipo de novelas: en general, no se puede dejar un crimen sin solucionar, por ejemplo.

Eso no ocurre generalmente en las obras dedicadas a los jóvenes. El incremento de la lectura, el interés de profesores y autoridades educativas, la transformación de la familia en institución educativa, la conciencia de que sólo en los libros se halla la verdadera cultura y la fuente del progreso y el éxito en los estudios, la satisfacción personal, entre otros factores, han hecho que la industria editorial se haya fijado en este sector como en una golosina. Un caramelo con frecuencia demasiado edulcorado



CHARLES PICKARD, LA CRIDA DE LA NATURA SALVATGE, BARCANOVA, 1993.

que puede disolver el gusto por la lectura en los buenos sentimientos, la moral más convencional y cómoda y los tópicos más manidos.

A veces, los únicos criterios que muchos padres y algunos profesionales tienen sobre el tema son los del catecismo cristiano. Intentan más hacer buenos ciudadanos y buenas personas que buenos lectores. No es que sean objetivos incompatibles, pero no son necesariamente los mismos. De hecho, los grandes autores y los grandes clásicos de estas edades son subversivos en algún modo. De Tolkien a Lewis Carrol, muchos han dramatizado problemas personales, todos revientan un poco o un mucho las convenciones de los adultos, todos abren la puerta de los sueños a la rebeldía y a las genialidades poco educadas del genial Guillermo o Manolito Gafotas.

La pregunta es: ¿qué es lo que hace que algunas obras interesen especialmente a los jóvenes? Todo el mundo parece estar de acuerdo en que una literatura para jóvenes les tiene que gustar sobre todo a ellos. Pero, más allá de esta evidencia, intuimos que debieran existir otros rasgos que permitieran distinguir entre lo que gusta a los jóvenes, y separar las obras genuinas de las fallidas, aquellas que pueden ayudarles a llegar más lejos sin rebajar el nivel de calidad, de aquellas oportunistas, halagadoras o que, simplemente, son una mala imitación, una caricatura de obras adultas, y por tanto innecesarias.

Una buena delimitación del género no solamente facilitaría la clasificación de una obra en plenamente juvenil o en un sucedáneo de otro género que no ha alcanzado el nivel adecuado, sino que ayudaría a preservar y a tipificar una etapa —la adolescencia— cada vez más difusa. Recordemos que, así como la etiqueta de novela negra o rosa no significa que sólo este tipo de novelas tengan la exclusiva de los asesinatos o los enamoramientos, un género juvenil no significa que éste sea el único que puedan leer los jóvenes. Cuanto antes pasen a los grandes autores, mejor. Pero el nuevo mercado adolescente ha creado un nuevo y amplísimo público lector que necesita ayuda para llegar a las cimas literarias. Y también ha creado nuevos temas, nuevos lenguajes, nuevas identidades, y



AUCIA CAÑAS, EL FANTASMA DE CANTERVILLE Y OTROS CUENTOS, VICENS VIVES, 1994.

nuevos tópicos que, como en el caso de los asesinatos resueltos a la perfección o de los amores eternos, es necesario resolver bien paso a paso, para garantizar la satisfacción de los lectores y hacerlos progresar en el difícil arte de matar y morir y de amar, es decir, de crecer y adaptarse plenamente a la vida.

## Una literatura peligrosa

Una literatura que no presenta en toda su realidad el sexo ni la muerte tiene que ser necesariamente una literatura diferente. Eso que es cierto en la literatura infantil, lo es también en la juvenil, incluso en aquella que pretende hacerse

pasar por «literatura para adultos que pueden leer los jóvenes». En esta última, la muerte y el sexo no acostumbran a presentarse en toda su realidad, en su universalidad y crudeza. Por eso las mejores obras del género nos presentan casos particulares psicológicamente accesibles al lector joven, que puedan integrar plenamente en su maduración. Y si no lo hacen así, caen en el moralismo aberrante o en la predictabilidad más aburrida.

El lector adulto suele protegerse de la literatura exigente para salvaguardar la seguridad de las propias convicciones, y se refugia en *best-sellers* de acción, espionaje o aventura. Eligen esas obras porque necesitan escapar, no sólo de los problemas sino del tratamiento problemático de ciertos temas. No todos los adultos tienen el coraje moral o cívico de enfrentarse a los devastados personajes de, por ejemplo, Raymond Carver, o a la valentía política de Nadine Gordimer, que cuestiona nuestra comodidad, y no digamos a la desolación de Samuel Beckett y otros grandes. Se necesita una gran fuerza interior para enfrentarse a esos textos. ¿Por qué razón no permitiríamos a los jóvenes unas lecturas que, como la mayoría que leen los adultos, pretenden únicamente interesarles, divertirles o informarles?

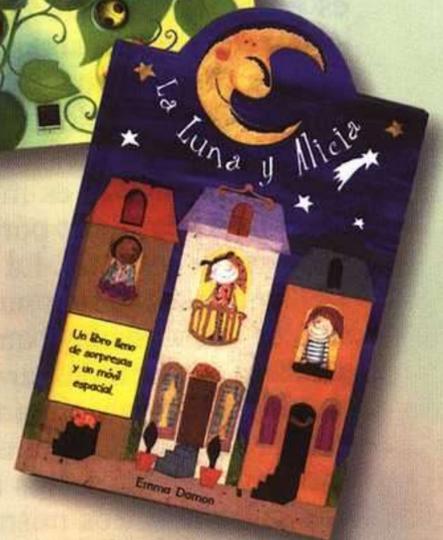
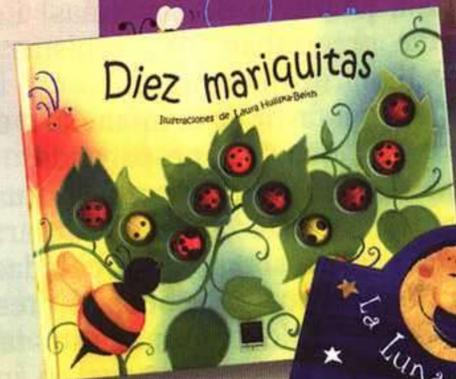
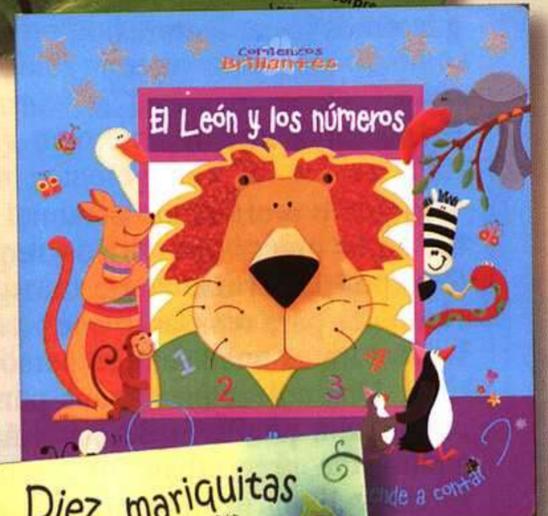
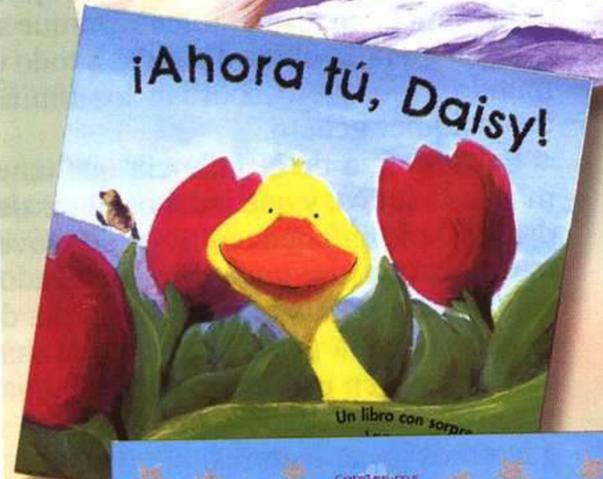
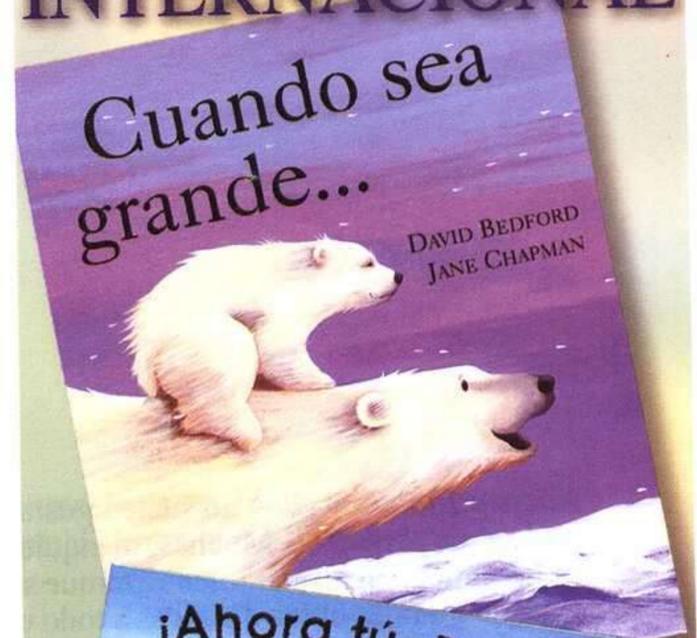
En sentido general, gran parte de la literatura es subversiva, ya que su sola existencia implica que lo único que importa en el mundo es el arte, la imaginación, la verdad artística. O sea, la otra cara de aquello que importa en el mundo real. Grandes obras, aclamadas hoy como clásicos para jóvenes, fueron rechazadas en su tiempo por las autoridades educativas, empezando por *Tom Sawyer*, que Mark Twain escribió como reacción contra «los buenos libros recomendados en las escuelas», hasta *Alicia en el País de las Maravillas*, en el cual Lewis Carroll presenta a los adultos, y especialmente a los profesores, como crueles y arbitrarios, pasando por las obras de Maurice Sendak, que fueron prohibidas por reconocer los impulsos agresivos y violentos de los menores contra ciertos padres. Charles Perrault llegó a reescribir sus cuentos para hacerlos menos terribles y más aceptables. Y los hermanos Grimm transformaron

en madrastra la madre de Blancanieves porque presentar una madre mala era insostenible para su aceptación social. *Huckleberry Finn* fue prohibido en las escuelas por considerarlo vulgar. Tom Sawyer roba, fuma, miente y obtiene un premio en la escuela dominical de manera fraudulenta. Alicia parodia los exámenes y el currículo educativo, y en el curso de instrucción de la Falsa Tortuga de Mar incluye asignaturas como las cuatro reglas de aritmética que llama «Ambición, Distracción, Horripilación y Derisión» y nos presenta el mundo absurdo de los adultos, odiado por su autor. «Los placeres de la bondad se centran en sí mismos, mientras que los de la maldad son muchos y más variados», se ha escrito para explicar la fascinación que despiertan desde edades tempranas el terror y el misterio.

En una época pasada en que la frontera entre literatura para adultos y jóvenes era más fluida de lo que es ahora, autores como Dickens, Ford Madox Ford, Oscar Wilde, Fernán Caballero, Verdader, o incluso Juan Valera, con su *Espejo de Matsuyama*, y muchos otros se acercaban al gran público empezando por los jóvenes.

Sirva lo precedente para recordar que por más reglas que establezcamos para definir el género y evitar que caigan en el género juvenil obras que no merecen consideración en ningún apartado, no hay que aspirar a limpiar a sus autores de la grasa personal con la cual cocinarán sus mejores guisados. Antes de *Peter Pan*, existían muchas versiones mediocres del tema del niño que no puede convertirse en adulto. La genialidad de J.M. Barrie consiste en hacer que el chico no quiera convertirse en adulto y en el abandono del sentimiento de pena, de pérdida, de decepción para transformarlo en satisfacción, placer y orgullo por la nueva condición, aunque sea a costa de ser completamente asexual y de desear a Wendy como una madre. Sólo con esa grasa, con ese fango, ese genio o ese demonio personal del autor, llegaremos a aprender que negar el futuro para asegurar el presente es una fantasía que a la larga destruye a quien la desea.

Aquí podemos añadir que muchas de estas obras consideradas para niños o jóvenes que encantan a los adultos —de



Títulos publicados en castellano y catalán



Ediciones Beascoa, S.A.  
Comercio, 60 . 08003 Barcelona  
Tel. 93 319 65 17 - Fax 93 310 76 94  
info@beascoa.com

*Alicia a Platero y yo*— no suelen gustar nada a los pequeños. Muchas, ni siquiera las entienden. Precisamente porque se trata de grandes obras dirigidas a todo el mundo y porque desbordan los límites de cualquier género.

La nostalgia de la infancia que tenemos los adultos, y que muchos libros dedicados a la infancia cultivan, los jóvenes no la tienen porque están instalados en ella y no se puede sentir nostalgia de lo que no se ha perdido. Razón de más para insistir en un género sin nostalgias y que enganche desde la primera línea si queremos hacer lectores.

## Enseñar a soñar

El genio o el mundo personal del autor sería, pues, uno de los requisitos. Otro podría ser una cierta transgresión. Nadie lee para repasar lo que ya conoce. La lectura es una aventura personal, íntima. Una colección italiana para niñas se llamaba ¡A Favor de las Niñas! Era cuando se precisaban protagonistas y modelos literarios femeninos.

Pues bien, ¡a favor de la infancia, o de la juventud! Lejos de la propaganda.

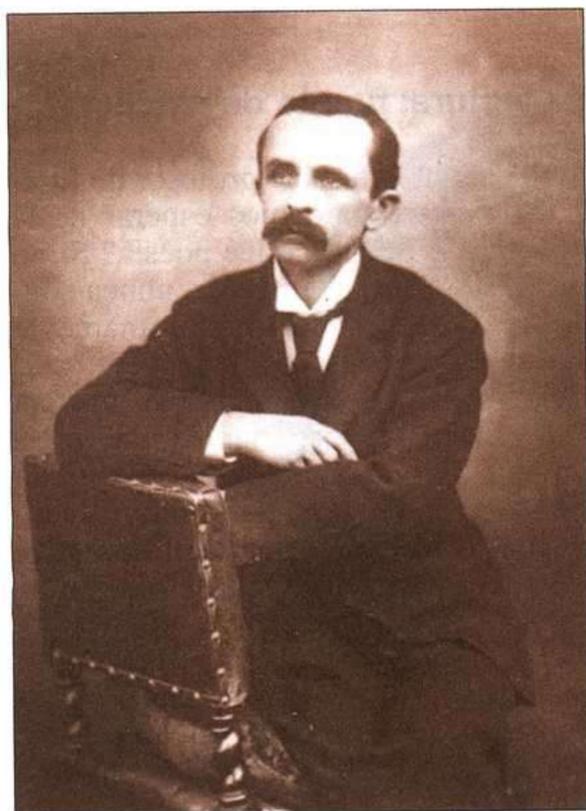
Otra de las funciones de esa literatura es proporcionar a los jóvenes su parte—que será una reserva— de felicidad. Los escritores tienen el poder de crear un mundo paralelo o secundario, tan consistente como el mundo real, o incluso más, porque es menos absurdo y tiene más sentido y por lo mismo más comprensivo y total. La narrativa es un elemento esencial en nuestra comprensión de la realidad, ya que «no podemos pensar o actuar o desear excepto en forma de narración», y así todos «vivimos más en la ficción que en la realidad». Para vivir, los humanos forjamos historias sobre nosotros mismos y sobre los demás, y de esta manera imaginamos el pasado y el futuro. Damos sentido a lo que nos ocurre transformándolo en narraciones con un principio y un final, buscando causas y efectos, estableciendo similitudes y distinciones, ordenándolo todo en capítulos, secuencias o fragmentos, en definitiva, haciendo literatura. Y por esa razón los libros que tienen que leer los niños y adolescentes, no importan por la moral que contienen,

sino por las palabras y la estructura que forman y que les ayudarán a descubrir su identidad y un lugar estable en el mundo de inseguridades en el que crecen. Por esta razón, muchos psicólogos creen que la salud mental depende en buena parte del grado de congruencia con que nuestro yo interior se adapte al mundo externo. La literatura ayuda a los adolescentes a observar desde una cierta distancia sus sentimientos y a

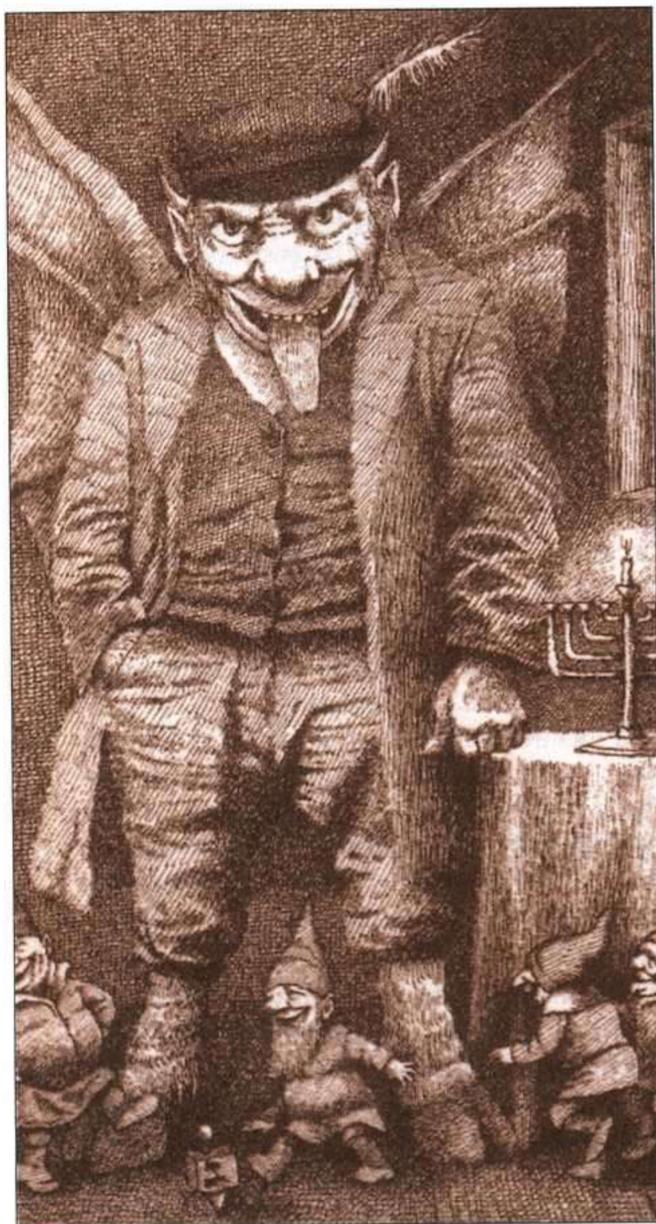
decidir de una manera inteligente sobre sus emociones. Las palabras les ayudan a expresarse, y la estructura a reconocer la forma que está tomando su vida, configurada como la literatura en un principio, una mitad y un inevitable final.



THOMAS HENRY, LOS APUROS DE GUILLERMO, MOLINO, 1979.



J. M. Barrie, el autor de Peter Pan.



MAURICE SENDAK, ZLATEK THE GOAT AND OTHER STORIES, 1966.

La obra de J.R.R. Tolkien y el entusiasmo que despiertan sus hobbits, o el grito de «Frodo lives» que los estudiantes escriben en las paredes en sus protestas, no son más —según estudios— que el subproducto de una sociedad abiertamente materialista como la nuestra, descaradamente comercial. El resultado de una infancia privada de la escapatoria liberadora de la imaginación. Es sabido que nada hay más frustrante que la imposibilidad de huida de una situación o un lugar. Sobre todo para los jóvenes. Y ésta es una de las funciones más olvidadas de una literatura que pretende «enseñar a vivir» en vez de «enseñar a soñar, a escaparse, a huir». Ésta es una función secundaria de la lectura, pero importante cuando buena parte de los libros destinados a los jóvenes pretende mostrarles los caminos seguros de la vida, en vez de los caminos arriesgados del arte. Para aprender las cosas de la vida ya está la calle o la televisión, que pueden hacerlo mucho mejor que los libros. No nos quejemos si los jóvenes prefieren estas fuentes de información más fiables y entretenidas en vez de la lectura que no puede, y quizás no debe, competir con esos medios.

En la literatura infantil hay muchos títulos que juegan más con la fantasía que con la imaginación, pero demasiadas veces se trata de una fantasía gratuita, sin fundamento, que confunde el puro disparate con la lógica estricta, aunque contraria, que guía las mejores creaciones imaginativas. Los autores de mayor prestigio utilizan la magia como un truco cómico o como una metáfora del poder de la imaginación, pero nunca sin sentido. Tiene que haber alguna razón convincente para que en una clase, por ejemplo, las sillas se pongan a volar y las mesas y los armarios no. Tiene que haber alguna explicación para que los cosmonautas —en las pocas obras de ciencia-ficción para esas edades que existen en el país— lleguen a una galaxia lejana y se entiendan de buenas a primeras en español con los seres que encuentran. Deberíamos preguntarnos por qué en un mundo tan maravilloso, variado y desconocido por los jóvenes, los lectores sienten la necesidad de leer sobre maravillas añadidas e irreales. Quizá porque una de las aflic-

ciones más terribles de la infancia y la adolescencia es la falta de poder.

### El valor de las palabras

Entre las quejas que se oyen con frecuencia sobre los bajos índices de lectura, muy pocas recuerdan que los libros menos leídos, y los más necesarios, son los de poesía. Confunden lectura con novela, información, distracción, formación, placer..., sin pensar que la literatura es en primer lugar el lenguaje. Que sin palabras no podemos vivir. Que cuantas más palabras poseamos, mejor podremos expresarnos y, como recuerda Joseph Brodsky, menos necesidad tendremos de acudir al psicólogo o al psiquiatra. A los que se quejan del precio de los libros, Brodsky les recuerda que las facturas de los médicos son más caras y menos placenteras. Hemos olvidado esa función ordenadora, higiénica, terapéutica, equilibradora del lenguaje. Por esa razón la poesía es esencial. Ningún pueblo, dicen, cuyos jóvenes no se hayan partido el corazón por el lenguaje, no puede presumir de haber alcanzado siquiera el primer peldaño de la civilización. Y por eso la primera cualidad que debemos exigir a un libro es que esté bien escrito. Porque las palabras son el material con que los lectores ordenarán su vida interior.

Los intermediarios privilegiados que son los maestros o bibliotecarios, deben tener presente que son los guías para convertir a los jóvenes en lectores completos. El camino va desde el lector más pequeño, cuando la lectura es un juego en el que más que leer, escucha, hasta las etapas siguientes en que el lector simpatiza con los protagonistas —«leer no es sólo imaginar el mundo en forma de narración sino que también presenta la imagen del rol del lector en el mundo»—, hasta llegar al lector autosuficiente que piensa y se interroga y ya no encuentra el texto tan transparente como antes, cuando leía como si atravesara el texto. En un momento, todos descubren al autor detrás del texto, como Holden Caulfield, en *El guardián en el centeno*, descubre a un tal Dickens y quiere llamarle por teléfono para decirle cuánto le ha gustado el libro.

El lector joven acabará convirtiéndose en lector pragmático, como todos, que sabe escoger y leer lo que le conviene, a veces con cierto esfuerzo a veces por puro placer, e incluso con el morbo de la curiosidad. Pero, ya adultos, sabemos diferenciar claramente qué es lo que exigimos de cada lectura. Sabemos que leer no llena el tiempo, sino que lle-

na la vida y añade valor al tiempo. Y que un libro que no da respuestas es mejor que uno que proporciona soluciones, pero una vez acabado no deja nada en que pensar. Me informan que incluso una artista tan aparentemente blanda como Beatrix Potter incluía deliberadamente una palabra difícil en cada uno de sus libros.

## La lectura: fuente de placer

Decía un admirable profesor de Literatura: «¿Qué podemos esperar de la juventud actual si no lee poesía? Si no se apasiona por el lenguaje, nunca conseguirá llevar una vida mínimamente civilizada».

Creo que algunas reglas ya quedan implícitas en los apartados anteriores: no engañar, no hacer demagogia (y se hace de mil maneras, por ejemplo cuando halagamos al lector al reafirmarle en sus tópicos en temas escritos sin información seria, y otro a temas fuertes bañados en moralina), la importancia primordial del lenguaje, el papel de la imaginación, la elección de una técnica narrativa que no suponga un esfuerzo superior a la capacidad de lectura de las edades correspondientes, la revelación —sin abaratarlas ni simplificarlas— de las verdades de la vida de modo que el lector pueda estructurarlas en su personalidad...

El género es, ya lo hemos dicho, relativamente nuevo. Eso hace necesaria una crítica más rigurosa, que sirva de orientación a profesores, padres y bibliotecarios y les evite pérdidas de tiempo entre el alud de publicaciones que ha convertido en industria esta actividad. El trabajo de reseñas y comentarios que han realizado hasta hace poco algunos nombres que recordamos todos es impagable. Pero la importancia social y el volumen del negocio reclaman una atención mayor de los medios de comunicación y una definición más estricta de la crítica. Una crítica que, como sería su obligación, nos aclarara antes qué criterios —de todo tipo, sean pedagógicos, literarios...— aplicará.

Y las autoridades educativas debieran caer en la cuenta de que la única materia de que disponen actualmente para educar las emociones es la literatura. Todas las materias escolares se dirigen a la razón. La única que se ocupa de las emociones y su expresión adecuada es la lectura. Incluso una nueva función, la biblioterapia, ha surgido de ese vacío. La biblioterapia sería la técnica por medio de la cual intentamos ayudar al lector a entender e incluso a resolver sus problemas por medio de la lectura de obras que tratan esos mismos problemas y de



LOLA ANGLADA, AUCIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, JUVENTUD, 1971.



J. R. R. Tolkien.

cómo los resuelven los personajes de ficción.

Podríamos añadir más cosas, pero para acabar repetiremos que los autores y los prescriptores (horrible palabra que en algunos países llaman —a la prescripción— «el beso de la muerte» porque sólo pensar en la obligatoriedad de la lectura el placer desaparece de inmediato) pueden hacer o recomendar a los jóvenes por diferentes motivos, pero lo

importante es que se guíen por el criterio de proporcionar a los lectores una simple fuente de placer. Una sencilla manera de pasárselo bien.

Un placer que, como los auténticos placeres, no ahorre el mínimo esfuerzo compensado, como decía creo que J.C. Onetti por el inmenso placer de «ensanchar la casa de la vida». ■

\* Emili Teixidor es escritor.

# BEASCOA TRES



Ediciones Beascoa, S.A.  
Comercio, 60 · 08003 Barcelona  
Tel. 93 319 65 17 - Fax 93 310 76 94  
info@beascoa.com

Títulos publicados en castellano y catalán